

Primera parte

Sobre la silla todo estaba dispuesto en perfecto orden: la chaqueta encima del respaldo, los pantalones extendidos sobre el asiento y, encima de ellos, la corbata. La camisa encima de la chaqueta para que no se arrugue y sobre ella los calcetines. En el suelo, los zapatos. Su abuelo decía que el ritual de los toreros para vestirse debía ser siempre el mismo para no atraer el mal fario. Empezó por las medias. Menos mal que no tenía que ponerse esos horribles pantis rosados que usaban los diestros, pensó. Luego, siguiendo la lógica taurina, se enfundó los pantalones y a continuación la camisa. Joder, estaba echando una buena panza. El cinturón empezaba a retorcerse ante el empuje de aquel incipiente globo sonda. Claro que aquellos pantalones grises tenían más de diez años, cuando todavía le entraban los de la época de la mili. Ahora los zapatos. Aunque en el resto de cosas Leandro Expósito estaba dispuesto a ahorrar y a tirar con lo que tenía, una nueva etapa merecía unos zapatos de estreno: unos mocasines negros. Quitó el papel de seda y los acarició. Sesenta euros, pero podían dar bastante bien el pego. Se los probó. Perfectos. Se sintió un poco más tranquilo, sabía que un calzado sucio y estropeado podía arruinar el efecto del mejor traje del mundo.

Desgraciadamente, sus ternos estaban lejos de serlo; casi se hubiera podido afeitarse mirándose en sus chaquetas de los brillos que tenían. Finalmente se había decidido por la más pasable, un blazer azul con botones dorados. Nunca le había gustado la pinta de almirante retirado o de niño de primera comunión crecido que tenía con él, pero en el mundo de los peinados siempre se habían llevado mucho. Corbata: ¿amarilla? Lagarto, lagarto. Además, y por lo que tenía entendido, la era de los colores chillones ya había pasado. Debía encontrar una que fuera discreta pero no aburrida, que reflejase imaginación sin caer en la excentricidad. Había puesto el armario patas arriba. Se probó una verde con nuditos marineros en azul, mirándose al espejo e imitando la pose de esos tíos que salían en la portada de la prensa económica. Brazos cruzados, mano en la barbilla, cara de astuto. Lo intentó con otra azul clarito, pero no acababa de estar convencido. ¿Qué era aquello que decía aquel jefe tan pijo de sus comienzos? «Ante la duda, en una situación de compromiso siempre la mejor corbata que tengas. Así no te equivocas nunca». Bueno, en ese caso las cosas se simplificaban enormemente: sólo tenía una realmente buena. Sacó de su caja parda la de Loewe que le había regalado su abuela cuando aún vivía y que casi no se había atrevido a utilizar. Sí, ésa sería perfecta. Los elefantitos del diseño parecían darle un aire juvenil. Dichoso nudo. Pensar que lo había hecho miles de veces. Nunca conseguía que quedara como Dios manda, que se pareciera a los de los pijos de turno: esos nudos impecables, sólidos, grandes pero no demasiado...

A él siempre le quedaban algo tristes, famélicos. Encima se le daban la vuelta al cabo de cinco minutos. ¿Por qué no se pondrían de moda aquellas corbatas de gomilla que se usaban cuando él era pequeño para ir al colegio? Casi era una pena no tener que llevar montera, pensó mientras pasaba revista a su pelo: sus entradas progresaban inexorablemente por territorios que hasta ahora consideraba a salvo. Pensar que hace bien poco casi no le entraba un peine en la mata rubia y rizada que tenía... Ese champú anticáida carísimo que le habían recomendado debía de ser jabón Lagarto en un bote con letras doradas, pero si no se colocaba bajo una luz directa probablemente no se le transparentaría demasiado el cartón. Se acercó un poco más al espejo. Se detuvo en la boca. Una de las fundas que le había puesto aquel curandero ecuatoriano que se llamaba a sí mismo dentista bailaba peligrosamente y se podía caer en cualquier momento. Mal asunto, no estaba la cosa para gastos imprevistos. Bueno, no había que ponerse nervioso, aquel diente tampoco se veía demasiado.

Con un poco de suerte, sus nuevos compañeros no se darían cuenta. Un par de pasitos para atrás. Ahora se veía de cuerpo entero. Se ajustó las solapas de la chaqueta. Tampoco estaba tan mal. Nunca había sido Tom Cruise, pero por lo menos no tenía la papada ni la cara abotargada de otros hombres de su edad. Además, los ojos azules siempre habían tenido su público, ¿no? De pequeño solían decirle que era muy mono y algo de aquello tenía que quedar. Si la gente no se fijaba mucho, podía dar el pego. Ojalá fuera tan fácil ocultar otras taras menos visibles. Metió lápiz, un boli, un cuaderno y una calculadora en el portafolios de cuero marrón. Se sentía muy intranquilo, como en aquel muy lejano primer día de clase en los salesianos de Atocha, con sus pantalones cortos y su guardapolvos impoluto. Empezó a estirar el cuello, moviéndolo de un lado a otro. Con cuarenta añazos ya no podía ponerse nervioso por aquello; en peores plazas había toreado, pensó mientras se erguía intentando transmitirse seguridad. Sin embargo, y por mucho que lo intentara, disfrazar su estado de ánimo resultaba mucho más difícil que intentar aparentar que era el ejecutivo que ya no era. Su carrera profesional se había ido al garete hacía ya mucho tiempo y la guinda había sido su reciente despido como jefe de administración de una empresa de prótesis ortopédicas infantiles machacada por la competencia china. Los jodidos chinos... No se podían conformar con arruinar el sector textil ni el juguetero, no. También tenían que meterse a hacer implantes, tornillos, placas, cuñas, plantillas y demás a precios imbatibles. Con lo sólida que parecía Bergantiños S.L. con sus más de cien años de historia. Una referencia en el sector. Cualquiera que tuviera más de treinta y tantos recordaba el estribillo de su famosa publicidad radiofónica: «Bergantiños, Bergantiños, la ortopedia de los niños». Ahora Bergantiños dormía el sueño de los justos y Leandro intentaba sobrevivir trabajando de administrativo chupatintas, un puesto aún más por debajo de sus cualificaciones profesionales y con un sueldo de mileurista, sólo que encima sin estar ni siquiera dado de alta en la Seguridad Social. Él sabía que era un tío competente, bueno en su trabajo. ¿Por qué había llegado a ese punto? Le daba la impresión de que en lugar de la famosa mano verde que algunas personas tienen para las plantas, él tenía la mano marrón. Empresa en la que se metía, empresa que se iba a tomar viento. O el departamento, área, negociado o como cuerno se llamase. Siempre había una fusión, adquisición, reducción, deslocalización que le pasaba como un mercancías por encima y le dejaba en la calle. ¿Mala suerte? No siempre, también había intervenido la otra mano, la famosa mano negra, pero ahora no era cuestión de seguir dándole vueltas al pasado. Había que ser positivo y mirar hacia delante.

Lo malo era que el porvenir tenía incluso peor pinta: había entrado en una edad que lo convertía en un leproso profesional. Cruzar el umbral de los cuarenta sin haber conseguido logros demostrables, sin idiomas y con un currículum con más socavones que las obras del AVE era lo más parecido a estar muerto. En las pocas entrevistas que conseguía siempre era la misma cantilena: «Buscamos a alguien con mucho empuje, y con sus años.».

«Si fuera mujer, todavía. Ya sabe que en esta empresa estamos muy orgullosos de nuestra política de igualdad de oportunidades». «Aquí el inglés es imprescindible». «Este puesto es demasiado bajo para usted. Seguro que en poco tiempo encuentra algo mejor y nos deja colgados». Daba igual que prometiera que aquél era el trabajo de su vida, que el sueldo le parecía fenomenal y que estaba dando clases de inglés con una vecina suya irlandesa. Siempre acababa todo con el mismo epitafio: «No se preocupe. Ya nos pondremos en contacto con usted cuando surja algo acorde con su perfil». Se encontraba realmente en el fondo del cubo de la basura y todo apuntaba a que la situación sólo podía empeorar.

Resultaba que iba a ser verdad lo que decían de que laboralmente no había nada peor

que ser hombre, blanco y con más de cuarenta. ¿Cómo iba a estar dentro de diez años? Un escalofrío le recorría la columna sólo de pensarlo. Ni siquiera tenía un colchoncito en el banco o una propiedad que vender si llegaba la auténtica necesidad. No tenía mujer ni niños ni muchos gastos, pero la cosa pintaba realmente mal. En estas situaciones desesperadas algunos se enganchan a la botella, otros optan por tirarse por el Viaducto y los hay que juntan sus últimas cuatro perras y se las juegan a doble o nada en el casino. Eso es lo que había decidido hacer Leandro. Que Dios reparta suerte. Cuándo se le había ocurrido aquella idea absurda? Dicen que hay que tocar fondo para tomar impulso y salir a flote. Leandro creía que llevaba ya años paseando por el fondo hasta que ocurrió el episodio de los huevos. Resulta que un día estaba esperando para cruzar un paso de peatones, de vuelta de su trabajo de mierda, después de un día de mierda. Para colmo, iba cargado con un gran cartón con cuatro docenas de huevos que le había encargado su tía Elpidia porque cerca de su oficina los vendían más baratos. Iban a estar cenando tortilla francesa hasta la resurrección de los justos. Por el camino había comprado un cuponazo de la ONCE (seis millones de pepinos de premio). Luego rellenó un Euromillón (bote de treinta y seis millones) y finalmente recogió el décimo de lotería al que estaba abonado (otros tres millones). Esta semana tenía que tocar algo por narices. No era posible que, gastándose lo que se gastaba, llevara seis meses sin pillar un mal reintegro. Uno de esos días iba a ganar un saco de millones y se iba a enterar el mundo. No podría ser tanta mala suerte acumulada, en algún momento la vida le tenía que compensar. A su lado en el paso de cebras estaba una viejuca vestida de negro con un pañuelo atado en la cabeza, tan frágil y pequeña que daba la impresión de que se la iba a llevar la primera ráfaga de viento que soprase.

-Menudo pastel va a hacerse esta noche, joven -le dijo ella, sonriendo con su boca desdentada y señalando los huevos. Sólo recibió un bufido por respuesta. La calle parecía desierta y los dos la cruzaron. Un Audi negro del tamaño de un transatlántico apareció de repente de la nada a toda velocidad. La vieja, esprintando, alcanzó sin problema el bordillo, pero a Leandro, que tenía la cabeza en lo que le iba a decir a su jefe cuando le tocaran los millones, sólo le dio tiempo a llegar a mitad de camino antes de que el energúmeno pasara a toda velocidad. Por un milagro fueron sólo los huevos (del cartón) los que salieron por el aire y no su cabeza separada del tronco. Llegó tiritando al otro lado de la calle completamente cubierto de arriba abajo de manchurrónes amarillos mientras el cochazo continuaba impasible su camino. La anciana, indignada, blandía su puño: «¡Maldito hijo de perra! ¿Habrás visto? Así os pudráis en el infierno tú y tu haiga de lujo». Leandro se desplomó en la acera gimoteando como una Magdalena.

-¿Estás bien, hijo? No llores así, que ya eres un hombretón.

Venga, venga, que ya pasará el sofoco. Sin embargo, él no podía parar. «¿Por qué tiene que pasarme todo esto a mí? ¿Qué maldición me ha caído encima? ¿Cómo puede ser el mundo tan inhumano, tan salvaje, tan injusto, tan insolidario? ¿Por qué tengo que ser yo al que se le caen los huevos encima y no el que conduce ese Audi, como debería ser?». En vez de coger el metro se fue andando hacia su barrio para que le diera el aire, pero cuando llegó aún no se había calmado. «No puedo seguir así. Como ésta sea mi vida por los siglos de los siglos me voy a volver loco. Joder, ¡soy universitario! En mis tiempos casi dirigía una empresa.

No puedo seguir arrastrándome de esta forma, no puedo seguir fiándolo todo a la suerte, a confiar en que un día la lotería me saque de este pozo. ¡Tengo que hacer algo!». No tenía el cuerpo para subir a su casa en ese estado de nervios y menos si le iban a dar la murga por no haber llevado los huevos. Se detuvo en el bar de enfrente para reponerse del ataque de ansiedad y hacer tiempo. Si esperaba un poco, seguro que su madre y su tía

se irían a dormir. Era martes y no había ninguno de los programas bazofia que a ellas les gustaban. Un botellín, dos, tres, cuatro y la luz del cuarto de ellas seguía encendida. Le había contado ya todas sus últimas desgracias a Paco, el camarero, y había conseguido hartarlo.

-Me cago en la leche, Leandro, no me vengas con tantas gilipolleces. Si estás forrado, cabrón, y parece que no tuvieras ni un duro. Que a mí no me engañas, a otro perro con ese hueso. Hacía tiempo que había renunciado a intentar convencerle a él y a otros tantos de que las leyendas urbanas que circulaban sobre ese tema en el barrio eran patrañas malintencionadas. Pidió otro botellín. Colgada encima del espejo de detrás de la barra estaba la habitual ristra de billetes de lotería: 54.677. Un bonito número, con terminación en doble siete. Con los tres millones del premio podría comprarse una buena casa y quizá montar una ferretería como la que tenía su abuelo... No, aquello no era la solución, sólo una zanahoria de cartón piedra para seguir engañándose día tras día. Para quitarse la tentación de la cabeza, Leandro cogió de entre un montón de grasientos periódicos el suplemento dominical de un diario de información económica: vida y milagros de los triunfadores del momento, los vinos premiados, los últimos modelos de descapotables. Más carbón para la depresión de perdedor. Cuando iba ya a dejar la revista, un artículo le llamó atención: UNA ESCUELA DE NEGOCIOS ESPAÑOLA, ELEGIDA LA MEJOR DEL MUNDO Tomando el relevo de las más veteranas IESE, ESADE e Instituto de Empresa, una escuela de negocios de reciente creación accede al Olimpo de las más prestigiosas del planeta. Con sólo nueve años de existencia, BES (siglas de Business Excellence School) se ha alzado con el número uno en la prestigiosa clasificación del Financial Times en el apartado de executive education y con el sexto puesto en la de MBA de The Economist, un impresionante logro que demuestra el vigor de nuestro país en el sector de formación para directivos. A pesar de la crisis, más del 90% de los graduados en estas escuelas aumenta sus salarios o encuentra un trabajo mejor después de uno de estos cursos. Leandro se quedó pensativo. Desde que acabó la universidad siempre había querido hacer un máster de ésos, codearse con los altos ejecutivos, aprender las últimas tendencias de la dirección de empresas, hacer contactos con gente influyente, pero ahora ya era un sueño imposible. Con más años que el sol y sin un puñetero euro, a lo más que podía aspirar era a un curso por correspondencia de fontanería o a un «en-quince-días-tendrá-su-diploma» de esos que recibía en los e-mail basura. La luz del cuarto de su madre se había apagado. Pagó los botellines a Paco y se fue para su casa. Sin embargo, al día siguiente el gusanillo le seguía picando. Mientras revisaba la contabilidad de Lasaca S.L., la sociedad del dueño de varias carnicerías de su barrio donde le explotaban de nueve a «la hora que tú mandes, Jacinto», buscó la web del BES. Entró en el apartado del MBA o Master in Business Administration y lo descartó rápidamente: aquello era para gente que tenía como máximo cinco años de experiencia (o sea, jóvenes) y además costaba la friolera de sesenta mil euros. Buscó el apartado de Executive Education, que debía de ser para gente más talludita. En efecto, ahí encontró cursos de todos los colores: varios en inglés que también descartó, algunos orientados a sectores concretos, como eléctricas o telecomunicaciones, y dos enfocados a la Dirección de Empresas: BE-AD: para alta dirección, presidentes, consejeros delegados y esas cosas. Ése le venía claramente grande. BE-DG: pensado para directores generales o personas que van a tener que asumir esta responsabilidad a corto plazo. Edad media de los participantes: 43,2 años. Duración: de septiembre a mayo. Contenidos del programa: contabilidad, finanzas, desarrollo de competencias, dirección comercial y márketing, liderazgo y dirección de personas, estrategia competitiva, nuevas tecnologías, operaciones... Aquello parecía lo suyo. Pero ¿qué dices, Leandro?, ¿de qué coño eres director general? Sin embargo, él

era economista. Muchas de esas asignaturas las conocía bien. Otras menos y le vendría bien actualizar conocimientos, pero no era aquello lo que estaba buscando. En la web lo ponía bien claro: «Una parte fundamental de la experiencia BES es el networking, la interacción con profesionales de los más variados entornos profesionales. Nuestros cursos crean amistades para toda la vida y, en muchas ocasiones, sólidos business partners». O sea, contactos, enchufes, lo que nunca había tenido. Si conseguía hacerse con todos esos palabros en inglés, aquella escuela parecía el sitio perfecto para comenzar una carrera nueva, una vida nueva. Donde nadie supiera nada de él, de su vía crucis profesional, donde hacer nuevos amigos que le llevaran al éxito. Sería como esos delincuentes que escapan a Brasil, se hacen la cirugía estética, se cambian hasta las huellas digitales y comienzan una vida respetable lejos de todo, pero en este caso sin moverse de su propia ciudad. Qué tontería, ¿cómo se le ocurrían semejantes idioteces? ¿De dónde iba a sacar los treinta mil eurazos de matrícula? ¿Quién le iba a aceptar a él con ese estropajo que tenía por currículum?